

Sermon de passion.

5-179

Vidimus eum irum dolorum, et percussum  
a Deo propter iniquitates nostras. Isa. 53. A 108

Nosotros lo hemos visto vuelto un varon  
de dolores, y tenido de la mano de Dios por nues-  
tros pecados.

Ha llegado, S. el gran dia; el dia por excelencia  
de las misericordias, y de las venganzas divinas;  
dia que Dios habia visto desde la eternidad, y que  
en los tiempos debia ser el objeto de sus inmutables  
decretos; dia de memoria eterna, que habia de servir  
de espectaculo al Cielo, de triunfo a la tierra; formar  
una epoca para siempre celebre en la historia, y ana-  
les del Mundo; y comenzar en el Universo la asom-  
brosa revolucion que no tendra fin hasta la conclu-  
sion del Mundo, y de los siglos; dia que los Patriar-  
cas habian desionado al traves de la inmensidad  
espaciosa de las edades, y generaciones futuras; lla-  
mado los Penitentes con sus lagrimas, con sus vo-  
tos, y suspiros acelerado los Justos; y anunciado



anunciabais á Israel sus fiestas, y sus sacrifici-  
os, caed de las manos de los Sacerdotes, y de los de-  
votos, y rompedos contra el pavimento del templo.  
2.<sup>a</sup> vosotros, hijos de Sion, que habeis tantas resonado  
con santos oráculos, no repitais ya mas que la-  
mentables tonos. Silencio del alma, dolor del cora-  
zon, grito del amor, y de la piedad desolada, á vo-  
sotros solos pertenece el derecho de honrar la mu-  
erte, y el sacrificio del Dios Salvador.

Cristianos; cual es pues mi deber? Que  
esperais de mi ministerio, y que quereis de mí en  
este momento? Acaso, el que con una relacion pa-  
tetica trate de hacer correr lagrimas? Aun cuando  
lo consiguiese, y que enternecidos á mis voz, os sin-  
tiese derhaceros en llanto, no por eso seria cumpli-  
do mi ministerio. No lloreis por mí, decía J. L. á los  
hijos de Sion; y desde lo alto de su cruz lo os repite  
á vosotros, llorad mas bien por vosotros mismos,  
y la compasion, con que pretendais honrar mis  
padecimientos, y heridas, aplicadla sobre las lla-  
gas de vuestra alma, y servios de ella para llorar  
vuestro endurecimiento. Aprendamos pues del mio.



mo Salvador con que espíritu debemos recordar  
la imagen, con que disposiciones oír la relación  
de su pasión; y que tales sean las vuestras si que-  
reis ser dignos testigos de la muerte, y padecimien-  
tos del hombre Dios.

Jesús, nuevo Isaac, es conducido á la hoguera;  
armase su Padre del cuchillo; levanta su brazo ven-  
gador; hiere, y la víctima cae inmolada. A este  
espectáculo vacila la fe; la razón se extravía, rebela-  
se la naturaleza, y el hombre pregunta, qual pue-  
de ser la causa de esta horrenda catástrofe. Es neces-  
rio decirlo? <sup>2</sup> no oís una voz que os grita: Pecca-  
dor reconoce tu obra; reconoce el pecado, la expia-  
ción, y ruina del pecado. El pecado del hombre, la refor-  
ma del hombre pecador; hi' ahí el desenlace del mas  
grande, del mas incomprendible misterio, de la obra  
nuestra de las bondades, y de las misericordias de  
un Dios.

Venid pues á cubiertos de luto con el resto de la natu-  
ralera; venid todos á reunirnos al pie de la Cruz de  
J. moribundo, y recibid allí sus postreros suspiros;  
pero que sea para aprender á conocer la grandesa



3  
del mal por la grandera de la victima. <sup>2</sup> para re-  
ducir este ~~gr~~ sublime asunto a tres ideas princi-  
pales, que compondrán la division de este discus-  
so funebre, veniel a ver a J. tratado como hombre,  
padeciendo como Salvador, muriendo como Dios:  
tratado como hombre para expiar la malicia del  
pecado; he' ahí el merito, y la virtud de su passion;  
~~ya~~ padeciendo como Salvador para reparar  
los desordenes del pecado; he' ahí el misterio, y el  
prodigio: muriendo como Dios, para confundir  
a sus enemigos, y a los Autores del pecado: he'  
ahí la gloria, y el triunfo.

Si me sucediere confundir algunas veces  
al Salvador, al hombre, y al Dios, perdonad una  
pequeña turbacion, y confusion en la relacion  
de un acontecimiento, que la causó tan grande  
en toda la Naturaleza, y que no puede menos  
que producirla en nuestros espíritus. Eh? para  
que sirven el estudio, y el arte, cuando es solo  
el corazón el que debe hablar? Seriamos siempre  
elocuentes, si supiésemos ser sensibles. <sup>2</sup> no per-



mita <sup>el Cielo</sup> ~~que~~ que oremos adornar de flores de la elo-  
cuencia la Cruz que un Dios quiso rosear con su  
sangre, y que no quiere sea honrada sino con  
nuestras lagrimas.

Cruz de J. que, siendo un <sup>motivo</sup> ~~objeto~~ de oprobrio,  
i' ignominia, habeis venido á ser objeto de culto, y  
de adoracion; que del Calvario habeis pasado al  
altar; del teatro de la infamia al trono de los Re-  
yes, y del cadalso á los estandartes de los exerci-  
tos, á las palacios, y sobre la diadema de los Cesa-  
res: Cruz de J. que siempre combatida, y triun-  
fante siempre, habeis formado de todas las Na-  
ciones un solo pueblo, una religion de todos los  
pueblos, de todos los reynos un mismo imperio,  
y una sola victoria del Mundo entero. Cruz ado-  
rable, que todo habeis vencido, y salvado todo;  
consuelo del guto, refugio de los pecadores, glo-  
ria del Cielo, del infierno terror; ah! si en este dia  
~~destinado~~ destinado para celebrar vuestro poder, hu-  
biese un coronon que no se os rinda todo entero,  
caiga á vuestros pies conquistado para siempre;



et no permitais, que contando vuestro triunfo,  
podamos aun sustraernos de vuestras leyes, y de  
vuestro imperio. O CVMX Ave, &c.



El hijo de Dios, al revestirse de la naturaleza humana, no tubo, dice S.<sup>to</sup> Ambrosio otras miras, que las de constituirse en estado de expiar el pecado. Para executar este gran designio, despojado de toda su gloria, sometido á todas las miserias de la humanidad, apareció, segun la expresion del Apóstol, como uno de entre nosotros. Abatimiento en verdad muy grande para un Dios, mas siempre reparado, en el curso de su vida mortal, por el esplendor de sus milagros, por las maravillas de su omnipotencia; de suerte que hasta este momento la divinidad no habia sido eclipsada por la humanidad, y el Dios habia aparecido á la par del hombre.

Mas el gran dia, el dia por excelencia de la humanidad del Salvador, en que, como lo ha



bian anunciado los Profetas, el debía aparecer como hombre, y con todas las debilidades de la humanidad, es el día de la cruz, en que, para ~~comenzar~~ dar principio a la expiacion del pecado, le vemos tratado como hombre, y como el ultimo de los hombres; y por quien? por su Padre, que lo desecha, y abandona y por sus enemigos; por su Padre que lo desecha, y abandona; por sus enemigos, que, no poniendo ya límites a su furor, ejercen a la vez contra el el ultraje, y la injusticia; de suerte que por parte de Dios, y de los hombres, reducido al estado que demandaba la expiacion del pecado, que es a la vez el mal de Dios, y el mal del hombre, J. debía ser verdaderamente el hombre de dolores.

J. tratado como hombre de parte de su Padre; primera degradacion del hombre Dios en su



6  
pasión, primera expiación de la malicia  
del pecado. Si, S. Llegó al fin la hora, en que  
su Padre debía negarlo, y no reconocerlo mas  
por su hijo. Cruel momento, en que iba a co-  
memorar este sangriento combate entre el Cielo,  
y la tierra; entre el Padre, y el hijo; hora fatal,  
que era para J. la señal del ~~combate~~ sacrificio.  
Ya la noche ha cubierto la tierra con sus som-  
bras; y, separado de sus discípulos, todo ocu-  
pado en la grande obra de la salud del mun-  
do, J. se encamina hacia el monte de las Oli-  
vas. He ahí que entra solo en el huerto, pri-  
mer teatro de sus dolores, y en donde debe co-  
memorar su agonía. Observad, dice S.<sup>r</sup> Bernar-  
do, nada es indiferente en la conducta de J. C.  
Aquí, para instruirnos, todo parece apropiarse  
una acción, y un lenguaje; todo viene a ser mis-  
terioso, y simbolico. Ese huerto a donde el di-



rige sus pasos, no era era morada encanta-  
da, en donde el primer hombre, en el seno  
de la abundancia, y felicidad, habia dado na-  
cimiento al pecado; ese jardin del paraíso  
terrenal, en donde, en medio de las delicias,  
un ~~hombre~~ solo hombre, por un solo crimen,  
habia perdido a todo un mundo: es el huer-  
to en donde el hombre Dios debe dar princi-  
pio a la expiacion, y muerte del pecado; la  
mansion de la muerte, en donde el arbol de la  
Cruz debia brotar las primeras raices, y reem-  
plazar ese otro arbol fatal, causa de la desobe-  
diencia, y del primer atentado del primer  
hombre, expiado por el nuevo Adán: lu-  
gar desierto, y abandonado, campaña arida,  
inculta, salvaje, curvas tinieblas, soledad, si-  
lencio, parecen redoblar el horror. Allí, sepa-  
rado de todo, entregado a si mismo, sin se-



quito, sin socorro, Jesus se oculta en este laberinto re-  
tiro. Angeles tutelares, que debicis acompañarle  
á todas, y por todas partes, vosotros no le seguís á  
esta funesta mansion. ¿Que digo yo? Apenas he en-  
tra en ella, que la Divinidad parece separarse de  
el, y en este momento ~~en vano busco~~ por mas  
que busco en Jesus al Dios, no encuentro sino al  
hombre. Ya el pavor se apodera de su espíritu, fal-  
tante las fuerzas, bambolea; sucumbe; y prosterna-  
do delante de su Padre, el rostro pegado á la tier-  
ra; en este estado de abatimiento, y humillaci-  
on, horrorizado con imagenes las mas tragi-  
cas, el coraron oprimido de dolor, debil, e inter-  
rumpida la voz, prorrumpe al fin. Escuchemos  
Cristianos, oigamos lo que ha á pronunciar  
esta boca divina. Padre mio, exclama, ha-  
ced, Padre mio, si es posible, haced, que  
se aparte de mi este calix. ¿Que oigo yo?



es posible. Ah! ¿entonces acaso el lenguaje  
de un amo, y de un Dios? es vuestra voz, la que  
oigo, divino J.? Que! esa voz que se dejó oír co-  
mo un trueno, que mandó a la naturaleza,  
y a la muerte; esa voz que pronunció tantos  
oráculos, y anatemas; que aterró a la Sina-  
ga, confundió a los fariseos, admiró a los sabi-  
os, y filósofos, instruyó a los grandes, y al pue-  
blo, <sup>pe' ahí</sup> esa voz formidable reducida al lenguaje  
humilde de suplica, y debilidad: Si es posi-  
ble! Salvador divino, quien os ha despojado  
de vuestra omnipotencia? No sois ya el Dios  
fuerte, y terrible? Ah! responde San Agustín,  
aquí está el nudo del misterio, el que debe ser-  
virnos para explicar todo lo que podría es-  
candalizar a nuestra razón en los tormen-  
tos del Salvador. J. era siempre Dios, y no po-  
día dejar de serlo; mas en su pasión, y en es-



te momento sobre todo, J. era, y no era Dios;  
lo era por naturaleza; y no lo era, porque  
mediaba un pacto que habia hecho con su Pa-  
dre, que, desde que se tratase de la expiacion  
del pecado, el no seria ya sino un hombre, y  
hombre de dolores.

Pero; era en el huerto en donde debia  
abrirse la escena de los dolores, en donde de-  
bia comenzar el gran misterio. ¡h! Quien se-  
ria capaz de decir todo cuanto pasa en este  
augusto retiro entre el Padre, y el hijo? el Pa-  
dre, que presenta a su hijo la acta, y el proyecto  
de la reconciliacion del mundo: el hijo, que con-  
siente a todo, a todo suscribe, y ratifica la sen-  
tencia de muerte pronunciada contra el. El  
Padre, que presenta a su hijo el cuadro del mun-  
do futuro, que le hace ver en la serie de los si-  
glos ese diluvio de crímenes, y de iniquidad.



des, de cismas, y de herejias; esa iglesia que  
se levanta en medio de tantos escandalos, tem-  
pestades, persecuciones, siempre fluctuante,  
y agitada, mas siempre invencible; ese mun-  
do, que debia insultar a su Cruz, y a su evan-  
gelio: esa multitud de viles cristianos que  
le dishonrrarian con sus costumbres; horri-  
ble espectaculo, que debia desolar a su hijo, y  
que sin embargo no lo detiene. El ve todos es-  
tos crimenes reunidos sobre el solo, y consien-  
te en sobre llevar solo tantos horrores; encor-  
va su cabera bajo este mundo de iniquidades;  
y abrasado todo de deseos de nuestra salud:  
no, Padre mio, exclama; yo no rehuso este  
sacrificio, que vos me habeis ordenado; yo  
he venido embiado por vos, y esta escrito,  
que debo cumplir vuestra voluntad. Herid,  
Padre mio; y fuero que yo mismo he dicho



9  
por la boca de los Profetas, que los Pecadores  
habian descargado sobre mi todas sus iniqui-  
dades, acepto gustosamente este formida-  
ble peso, consiento en morir por los culpa-  
bles, y que vuestra se cumpla mas antes q<sup>ue</sup>  
la mia.

Estas palabras, que hicieron estremecerse  
al abismo, y que resonaron en lo mas alto de  
los Cielos, los hombres, y el infierno fueron  
armados de todo poder con el cordero sin  
mancha; la sentencia de muerte es pronun-  
ciada, y para dar principio a su execucion,  
el Cielo se abre, descende un Angel, y viene  
a presentarle el calix de amargura.

Al aspecto de este calix espantoso, que mo-  
vimientos rapidos se excitan en su seno, que  
extremecimientos en su alma consternada:  
retrocede, tiembla de horror, parece arrepen-



tirse, y haber olvidado sus promesas. Su co-  
razon, impasado en amargura, es sumer-  
gido en un oceano de tedio, y tristera. La  
muerte en fin se presenta a su imaginacion;  
pero que muerte! la muerte de cruz; es decir,  
todos los suplicios a la vez que le prepara la  
injusticia de los hombres: la rabia, y furor de  
sus verdugos, las irrisiones, y burlas del pue-  
blo, los insultos de los Soldados; esa granizada  
de golpes que lo abruma, sus miembros des-  
pedazados, y sangrientos: muerte de cruz, o  
malgarnimiento de todos los males reunidos, y  
que ve descargar sobre el solo. Este pensamien-  
to, un sudor frio mana de sus poros, y cor-  
re sobre sus miembros palpitantes; su sangre  
misma, lanzada de sus venas, se apresura a  
apaxarse, como si huyese de la furia de sus  
enemigos; la tierra parece teñida, y vaporoso-



10

sa; en fin, para colmo de disconsuelo, recurre  
a su Padre, implora su poder, y su Padre no le  
escucha; ruega, que se aleje de el ese calix, esa  
cruc, ese calvario, que habia aceptado con re-  
signacion, mas cuyo solo pensamiento lo hiela  
de espanto; y su Padre no le oye. Que estado, o di-  
os mio! y que tratamiento para vuestro hijo! He  
ahi aquel ante quien los Angeles mismos, y los  
Querubines temblando se cubren con sus alas,  
reducido a las ultimas debilidades de la humani-  
dad; languido, tendido sobre el polvo, sin socor-  
ro, no menos que sin consuelo. ~~Y~~ Ora  
agitado, o-  
ra inmovil, ora habla, ora calla; se levanta,  
y vuelve a caer; busca a sus discipulos, lla-  
ma a su Padre; nadie le responde, y la natu-  
ralera toda silenciosa se muestra sorda a  
su voz. O pecado, funesto pecado! Que debera  
hacerse para lograr tu expiacion? Padre jus-



to! habeis acaso olvidado que ese es aquel hi-  
jo a quien sobre el Tabernaculo cubristeis con rayos  
de vuestra gloria, y declarasteis el objeto de  
vuestras complacencias? Padre inexorable! he-  
re porque rehusar a vuestro hijo en su <sup>aflicción</sup> ~~dolor~~ los  
consuelos que habeis acordado a otros  
aflicidos? No estubisteis con los tres jove-  
nes en el horno para salvarlos de las fla-  
mas, con Joré en la prision para aliviar  
su esclavitud, con Daniel en el lago para  
defenderlo de los leones, con Ester en la soledad  
para conjugar sus lagrimas? No embiasteis  
tantos vuestros Angeles a vuestros Profetas para  
consolarlos en el desierto, y os dignasteis vi-  
sitar hasta a Job tendido en el fierro? Nin-  
gun lugar en la naturaleza, ningun abismo  
tan profundo en que vuestras miradas no pu-  
edan penetrar. Que tiene pues de tan horri-



41  
ble ese monte de los Olivos ~~que~~ os haga retirar  
vuestros ojos? y que es lo que ha hecho ese ilustre  
afligido, que mas tiene que tantos otros para ser  
el solo a quien no os dignéis <sup>acordar</sup> ~~os~~ una sola mi-  
rada de compasion? Ah! responde aqui S. J.º Crisos-  
tomo, instruios vosotros, pecadores. Se os ha ha-  
blado tantas veces del odio que Dios profesa al pe-  
cado, y os cuesta tanto trabajo criarlo, y aun con-  
cebirlo, que preguntais insensatamente que in-  
jeria puede hacer a Dios el pecado del hombre.  
Venid, acudid a este extraño espectaculo; entrad en  
ese lugar solitario, y ved al Cristo, al ungido del  
Señor, al hijo de Dios, el mismo Dios, bolecado, ten-  
dido sobre la tierra: Quien es el que lo ha reducido  
a este lamentable estado? el pecado. Yo me engaño;  
la imagen del pecado se ha presentado a su imagi-  
nacion, y esta sola imagen ha derribado al hom-  
bre, y al Dios. El ha visto el pecado, mas como Di-



os, y como un Dios debe verlo; ha visto lo que el  
solo podia sentir, hasta donde el pecado habia of-  
fendido a Dios; hasta donde habia degradado al  
hombre, hasta donde era necesario extender la sati-  
sfaccion para aplacar al uno, y restablecer al otro.  
Ha visto al pecado, Monstruo horrendo, cuya vis-  
ta no puede sufrir, cuya idea ni aun puede sopor-  
tar. En el principio habiendo visto al hombre cul-  
pable, Dios se arrepintio de haberlo creado; hoy,  
viendo la enormidad del pecado del hombre, Je-  
sus se arrepiente de haberse encargado de su repa-  
racion; habia deseado beber este calix amargo, aho-  
ra suplica que se le excuse. Se arrepiente.... No,  
hermanos mios, no es porque el rehuse aceptarlo;  
no: habla como hombre, sufre como Dios; habla  
como hombre, que se mira desolado, y sin consue-  
lo; sufre como Dios, que sabe lo que el pecado me-  
rece ser llorado, llora como Dios; mas no son su-



12

ficiente. las lagrimas, ~~es~~ necesaria sangre, y la-  
grimas de sangre, para que el lllore el pecado como  
debe ser llorado. Es necesario que, desde el momen-  
to en que se cargo' del pecado, el Padre no le reconos-  
ca ya por su hijo, que no sea a' sus ojos sino un hom-  
bre vil, y despreciable, indigno de una sola de sus  
miradas; es necesario que el Cielo, y la tierra en-  
sordescan a' su voz, y que los Angeles mismos que  
debian asistirle, lo abandonen. He' ahi el pecado,  
y como un Dios juro' que debia ser expiado.

Confesemoslo, Cristianos Orientales, esta pri-  
mera circunstancia de la passion del Salvador, es-  
te estado de humillacion en que se encuentra, es  
sin duda inconcebible, y es quiza', en todo este  
misterio, el mayor escandalo a' nuestra razon. Por-  
que, al fin, por humillantes que debiesen ser por  
ra el todos los ultrages que tenia que sufrir de par-  
te de los hombres, su divinidad, lejos de ser entera-



mente obscurecida, debia algunas veces aparecer con esplendor. Cuando los soldados se le acercan para prenderlo, los derriba con una sola palabra; en su interrogatorio, confunde a sus jueces con la sabiduria de sus respuestas; en su muerte misma, se hara conocer con los estupendos prodigios. Mas aqui, todo es oprobrio para el, y parece mas debil, y mas anonadado, menos Dios, menos hombre aun en su agonía, que en su muerte, y el huerto es para el mas ignominioso, que el lavatorio. Pero, porque esta insensibilidad tan remarkable de parte de su Padre en este primer paso de los padecimientos del Salvador? es que la primera malicia del pecado, es producir en el hombre el olvido, el desprecio de Dios, la insensibilidad, y resistencia a sus divinos dones: J. Cristo en la expiacion del pecado comienza por el olvido, abandono, resistencia, e insensibilidad de parte de su Pa-



13

dre. El primer efecto del pecado en el hombre culpable es retirar sus ojos de la vista del cielo, hacer olvidar al pecador que hay en el cielo un Padre, y un Juiz; y desde el momento que J. cargo' sobre si el pecado, no hay ya para el ni Padre en el cielo, ni justicia sobre la tierra. El primer efecto del pecado es ofrecerse a' nuestra imaginacion bajo las mas lisonjeras, y risueñas imagenes; es la copa encantada de la perfida Babilonia, esta Madre de todos los crímenes, que ella nos presenta con su mano patricida, y en donde el hombre bebe ansiosamente el olvido de si mismo, y de sus deberes; y para Jesus, es el caliz de dolor, y de amargura presentado por la mano misma de su Padre; y es necesario que el hijo olvide su gloria, su divinidad, para beberlo gota a' gota, y sorber hasta la heces. Para el pecador, esa copa emponzoñada



es el bebedero delicioso, en donde, despues de ha-  
ber comenrado por la embriaguez de los senti-  
dos, el hombre acaba por el sueño de la razon, y  
la agonía del alma; y para J. expiando el pe-  
cado, es la bebida amarga, que produce en su  
espíritu imagenes horrorosas; en su abatimi-  
ento, desconsuelo en su corazón; y en sus mi-  
embros desfallecimiento, y agonía. Agonía, aflic-  
cion, penitencia de J. Vosotras sois sin duda  
un misterio inconcebible, mas comparadas  
con el arrepentimiento, y penitencia del hom-  
bre pecador, cessais casi de ser un misterio, ha-  
céis lugar á un espectáculo mas inconcebible  
aun. Nosotros no concebimos por el hombre de  
dolores en este estado de desconsuelo, no concebi-  
mos que el lllore el pecado con torrentes de la-  
grimas; que lo lllore hasta derramar lagrimas  
de sangre. Mas, concebimos acaso, que existan



124

hombres a quienes, despues de semejante ejem-  
plo, cuesta trabajo hacer penitencia, y llorar el pe-  
cado; que creian haberlo expiado suficientemente  
con obras buenas, y penitencias de un momen-  
to? podrase concebir que J. C. en el huerto der-  
rame tantas lagrimas por los pecados del mun-  
do, y que tantos pecadores se levanten del tri-  
bunal de reconciliacion sin haber llorado so-  
bre si mismos? en donde esta aqui la propor-  
cion entre la cabera, y los miembros, entre el  
maestro y los discipulos? y si la sola vista del  
pecado produce tanta impresion en el coraron  
del Salvador, cual deberia ser para nosotros por  
haberlo cometido, abrigado en nuestras almas,  
y renovado tantas veces? O lagrimas de peni-  
tencia, manantial precioso que jamas debe-  
rias secaros, porque con tanto trabajo para  
abrirlos, correis tan lentamente, y os secais tan



pronto? pensemos en ello, Cristianos; y, ad-  
mirando la penitencia de J. lloremos sobre  
la nuestra, y uniformemosla por semejante  
modelo. Pero prozigamos, hasta ahora no es  
sino el principio de los padecimientos, el ensa-  
yo, y, por decirlo así, como el preludio de los do-  
lores. Es necesario ver, en segundo lugar, a Je-  
sus tratado como hombre por los mismos hom-  
bres, a J. vendido, interrogado, juzgado, conde-  
nado por los hombres; otras tantas circunstan-  
cias en que el Dios va a desaparecer, y en que  
vosotros no percibiréis mas que al hombre  
de dolores.

He dicho, Jesus vendido por los hombres. Que  
<sup>significa</sup>  
~~era~~ era tropa ufana, y sublevada, era legión  
de Soldados armados que avanza al favor de  
las tinieblas, y del silencio? y ese audaz, ese mi-  
nistro que dirige la marcha, quien es? que in



dicia<sup>n</sup> ese aire de misterio, ese mirar feroz, esa ar-  
rogancia marcada sobre su frente? Que medita  
es furioso, que es lo que prepara? He' ahi, que se  
avanza aia Jesus; y, para mejor exhibir su de-  
signio, aparenta un aire de confianza, le saluda  
como amigo, lo abraza.... Ah, perfido! un beso  
es la señal con que entregas al hijo del hombre:  
esta es la recompensa que reservabas a tu maes-  
tro por los beneficios que has recibido de su gene-  
rosa bondad; a' ese maestro tan tierno, a' quien  
si en algo puedes culpar, es el haber amado de  
masiado a' un ingrato? Quien habria jamas ima-  
ginado, que admitido a' su mesa, y a' sus conversa-  
ciones, testigo de sus milagros, de sus exemplos, de  
sus discursos, colmado de sus caricias, y bendicio-  
nes, este divino Maestro no reportaria de ti sino  
una trahicion? mas no es esto todo, y este Dios  
salvador esta todavia reservado a' un ultraje mu-



cho mas sensible. Mucho es en verdad el que u  
no de sus discipulos haya jurado su perdida, y  
su ruina; pero porque uno solo tenga la osadia  
de venderlo, deben todos huir, y abandonarlo?  
Que digo yo? hacen mas, se averguenan de su  
trato, y amistad; y ya Pedro, a la voz de una vil  
esclava, ha desmentido su fe; en vano se le pregun-  
ta, se le habla de Jesus, protesta que ni lo ha visto, ni  
conocido. Asi el mejor de todos los maestros se encu-  
entra de un momento a otro sin amigos, sin dis-  
cipulos; vendido por uno, renegado de otro, aban-  
donado de todos. ¿Puede haber para un desgra-  
ciado affliction mas cruel? Que angustia para esta  
alma generosa, y sensible!

Reconozcamos aqui, cristianos, el orden, y por  
decirlo asi, la marcha del pecado. El encierra en si  
una vilera, una trahicion de la Criatura a su  
Criador; vilera no menos vergonzosa, que la de



los Apóstolos; trahición muy parecida a la de Judas,<sup>16</sup>  
desde que abusando de las mayores gracias, y favo-  
res de su Dios, admitido a su sagrada mesa, alimen-  
tado de su carne, y sangre, el peccador lo vende ate-  
rosamente, y entrega a sus mas crueles enemigos,  
al mundo, y a sus pasiones; desde que marchando  
sobre las huellas del indigno discipulo, abusando  
de lo que ha y de mas santo, y de mas sagrado, trai-  
dor, y perfido hasta en el altar mismo, ora ir al fes-  
tin banquetear con designio de venderlo por el mis-  
mo beso de paz, y de amor, y como si Jesus en su pa-  
sion, hubiese seguido para expiar el peccado, el mis-  
mo orden que observa el peccador para cometerlo,  
es vendido por aquel a quien el habia honrado  
con su confianza, y su amistad, por su discipulo,  
al cual aun cuando se acerca para prenderlo, no pue-  
de dejar de darle el nombre de amigo. Amigo mio,  
le dice, que quereis de mi? con que designio, a que



venis a' donde yo estoi.

Però procedamos, y veamos cual sera la suerte del hombre Dios abandonado. Ya sobre los pasos del apóstol aportata ~~y~~ avanza la cohorte perfida; esta lo rodea, lo priunde, y en el mismo momento llueven sobre el los ultrages, y las injurias. Solo, en presa a' estos furiosos, es arrancado, y conducido a' Jerusalem, encadenado, rodeado de armas, y de soldados; dirias vosotros que era un criminal a' quien se acababa de sorprender perpetrando un homicidio, y manchado de sangre inocente. Entra en la ciudad en medio de la griteria, e' insultos del populacho; se le traslada, y arrastra de tribunal en tribunal, de casa de Anas a' la de ~~Kilatos~~, Caifas, de esta a' <sup>la</sup> presencia de Pilatos; y es aqui, que os lo voi a' mostrar juzgado por los hombres, y con menos miramiento, y equidad que con la que se hubiese juzgado al ultimo de



los hombres.

No parece en efecto que un culpable tan ilustre mereciera ~~at~~ por lo menos alguna consideración? yo quiero que la Sinagoga tubiese motivo para quejarse de él, ¿era esta por ventura una ~~motiva~~ razón para proceder contra su persona sin observar ninguna ley, y con menosprecio de todas las reglas de justicia? yo quiero que se le creyese culpable; aun en este caso debíase declarar su delito, y probarlo.

Sin embargo Pilatos mismo lo considera inocente; no importa, sea o no lo sea, es necesario que se vea; y como no lo es menos, si quiera para salvar las apariencias, mostrar un crimen, fue fácil imponerle; y en donde no se encuentra, cuando se quiere perder, y oprimir la inocencia? su delito, dice su Ciceronimo, son los oráculos que él ha pronunciado, los discursos con que ha captado la admiración universal, esa profundidad de ciencia, y de doctrina que ha



hecho brillar; haber confundido con la sabiduría  
de sus respuestas, la falsa sabiduría de los Doctores  
de la Sinagoga, y reducido á los Fariseos á la vergu-  
enza, y silencio: he ahí lo que la Sinagoga no pue-  
de perdonarle. Su delito, son los enfermos que ha  
curado, los poseídos que ha librado, los ciegos á  
quienes ha dado vista, los muertos que ha resuci-  
tado; es dararo, á quien, poco ha, ha arrebatado  
del sepulcro, y, que vivo, y sano, hacia el solo la mas  
brillante apologia de Jenu Cristo, y daba un testimo-  
nio que, confundiendo á sus enemigos, no hizo si-  
no redoblar su furor. De ahí la sublevacion del pue-  
blo, la rabia de los Escribas, y de los Sacerdotes; de ahí  
en fin todos los títulos para su condenacion; y lo  
mismo que debia haver mirado á Jesus como un di-  
os, lo ha tratado como un hombre, y un malvado.  
Finalmente, para añadir el oprobrio á la injus-  
ticia, se le pone en paralelo con un bandido, un



infame condenado ya por la opinion publica; ex-  
 traño modo de proceder!; Que tribunal, y que nue-  
 vo juicio!; Jesus confrontado con Barrabas! He  
 ahí, de un lado, la inocencia con todos sus atracti-  
 vos; de lo otro, el crimen con todas sus deformida-  
 des: de un lado; Jesus, y con él las maravillas, y  
 prodigios que habia obrado, <sup>+ los temores de la ciencia, y sabiduría,</sup> los bienes, los favores  
 que habia derramado; de lo otro; Barrabas, y con  
 él tantos homicidios, robos, injusticias, violenci-  
 as, crueldades: el hombre Dios de un lado, de lo o-  
 tro un monstruo. Ah, infeliz Pilatos! como puedes  
 tu tener la balanza entre estos dos objetos, y en don-  
 de está el rayo para arrebatarla de tus manos?  
 honor, justicia, probidad, deber, en donde estabais  
 en este momento? Ah! Vosotros representabais  
 en este instante lo que pasa en el corazon del peca-  
 dor, desde que comienza a vender a sus Dios. Vosotros  
 combatisais aun en el corazon del infeliz Pilatos



en favor de la inocencia acusada. Mas el interés  
habla; no hay justicia; la política ordena; Bar-  
rabas queda libre, Jesus es condenado. Cristianos,  
cuál de vosotros no se indigna al oír semejante  
sentencia? Anátéma cien veces al Juez que ha  
osado pronunciarla; Anátéma a los Judíos que  
han podido solicitarla! Ay! No somos nosotros  
mismos en Juez culpable? y no es este el paso  
a que nos conduce casi siempre el pecado; des-  
de <sup>sompos</sup> que <sup>sompos</sup> obligados a decidir, y optar una vez entre  
nuestro Dios, y nuestra pasión? un cortesano  
entre su Dios, y su fortuna; un voluptuario, entre  
su Dios, y su infame idolo; el avaro, entre su Di-  
os, y su oro; todos los pecadores en fin entre el vi-  
cio, y la virtud, entre Dios, y el crimen, entre Je-  
su Cristo, y Barrabas; nosotros pronunciamos,  
como Pilatos, contra nuestro Dios; no le hacemos  
aun el honor de vacilar como Pilatos; y sin dig-



19  
narnos buscar los intereses de la religion, y de la vir-  
tud, mas furiosos aun que los Judios, decimos al  
instante; no, nada tengo que ver con mi Dios, no  
amo sino al mundo, y mi passion; Dios sobre  
todo, en hora buena; pero mi passion sobre Dios.  
Preferencia de la criatura al creador, que constitu-  
ye el principal caracter, y la grande injusticia del  
pecado, que Jesu Christo expia en el juzgamiento  
de Pilatos.

Sin embargo, Cristianos, yo nada he dicho todavia,  
y el misterio no está aun sino medio ~~mas~~ descubier-  
to. Jesus, citado al tribunal de la sinagoga, es no so-  
lamente juzgado, y tratado como un culpable; si-  
no que tambien es examinado, preguntado, y ridi-  
culizado por sus Juces. Herodes le pide un milagro,  
y se burla de el, como de un insensato. Pilatos le pre-  
gunta, que cosa es la verdad? No respondiendo Je-  
sus a una pregunta dictada mas bien por la cu-



rioridad, que por zelo, y amor de la verdad, Pilatos no se dignó repetirla, creyendo no deber repetir dos veces semejante explicacion. Imagen aun de tantos pecadores, y sobre todo de la conducta de los grandes del mundo. Incapaces estos de soportar la luz resplandeciente de la verdad, creian a los que podrian ilustrarlos demasiado honrados con una ligera pregunta, y contentos con este debil esfuerzo arrian a aquella, vuelven al instante a sumirse en el sueño de la vanidad, y de la mentira. Finalmente, de todos lados, y a un mismo tiempo, se dirigen, y se hacen a Jesus mil preguntas diferentes: el uno desea saber, si es el hijo de Dios; el otro, si es el Rey de los Judios; y cada cual, segun su capricho, propone una cuestion a su resolution. He! Ved ahi el postremo periodo del pecado, la incredulidad, y burla de la religion; desorden que la passion engendra no menos



20  
en el corazón del hombre, que en el de los Judíos.  
Así, como ellos, nosotros nos sentimos demasiado  
constreñidos por un Maestro que desaprueba, y con-  
dena nuestras máximas, y costumbres; por una  
ley sobre todo que combate nuestra primera ley,  
la ley de las pasiones, y de los placeres; desde en-  
tonces se viene a ser incrédulo, y enemigo de J. C.  
se piden, como Herodes, milagros para creer; se  
aparenta, como Pilatos, buscar la verdad, y se so-  
licitan nuevas pruebas; es decir, se ha' comenzado  
por ser infiel, y se acaba por ser impio; y es despu-  
es de haber traicionado a J. C. que se pregunta si  
J. C. es Dios. Mas, para expiar este portar desor-  
den del pecado, que es lo que hace J. C.? Se calla,  
dice el Evangelio; a las diferentes preguntas de  
sus enemigos, a sus acusaciones, a sus burlas, no  
opone sino el mas profundo silencio, hasta no  
proferir ni una sola palabra. ¿por qué? ¡Ah! res-



ponde S.<sup>to</sup> Agustín, es que en este momento el sal-  
vador no solamente veía la incredulidad de los  
Judíos, y de la Sinagoga; la de Herodes, y de Pilatos;  
sino que veía también en los siglos por venir  
esa legión estrepitosa de espíritus fuertes, y de incre-  
dulos, que debían levantarse en el seno de su ig-  
lesia, y combatir sus milagros, su evangelio, y  
la divinidad de su religión. En los grandes de la  
corte de Herodes, veía a los Poderosos de todos los si-  
glos venideros, y a esos hombres atrevidos, y te-  
merarios que debían citarlo al tribunal de su  
soberbia ignorancia, que no solicitan conocer  
la verdad, sino para hacerla objeto de una impia  
irrisión. En los Doctores de la Sinagoga veía a e-  
sos semi-sabios, o sabios falsos, inflados con  
una ciencia vana, que creían que Dios mismo  
no debe tener nada secreto, y que debe aun ha-  
cer milagros para convencerlos. Mas, en vista



21

de este por venir descubierta á sus ojos, que haría  
este divino Maestro? No hay duda, que el no pu-  
diere contentar á Herodes con los prodigios, que  
solicitaba; tal vez aun le hubiese sido mas glori-  
oso obrar un milagro en presencia, y á solicitud  
de un soberano, y de toda su corte, que el haber obra-  
do tantos á suplicas de los pueblos, y á la vista del  
pueblo judaico; mas en aquel caso no habria he-  
cho mas que satisfacer la curiosidad de los Cerem-  
dos, y Sabios de la Judea, y lisonjear su orgullo; y como  
no eran eran los espíritus temerarios, y soberbios, si-  
no los humildes, y pequeños, á quienes habia  
venido á salvar, por eso es que se calla á sus pregun-  
tas, y ni se digna aun responder á una sola. Nada  
le hubiese costado asombrar á sus Juces con una de-  
mostracion brillante de su omnipotencia, y forzar-  
los, al menos por un instante, á respetarlo, y admi-  
rarlo; mas hablaba á un Principe impio, en presencia



de toda su corte, y sabia que las mayores pruebas de la Religion persuaden rara vez a esta suerte de espíritus; que su manía es querer ver todo, todo entender, pero para burlarse de todo; que una agudera, o' donaire les basta algunas veces para triunfar de los argumentos mas convincentes; y, en lugar de un nuevo milagro que les hubiese dado merito para ejercitar su espíritu maligno, y jugar, Jesus les corresponde con un silencio que desconcierta, y burla su malicia. El habria podido acordar a la incredulidad de los Escribas, y de los Jefes de la Sinagoga la misma señal que le pedian, y añadir al prodigio de su conversion a tantos como habia obrado; pero desde entonces habria autorizado la vana curiosidad del libertinaje; y se atiende a los milagros obrados durante la carrera de su misión, para enseñarnos, que habia hecho los bastantes para convencer a todo espíritu razonable, y que



22

despues de todos los prodigios que han servido pa-  
ra fundar, y establecer la Religion, el que pidiere  
otros para rendirse al convencimiento, no merece  
ni aun que se le responda. Finalmente, si el no ju-  
gaba convenientemente obrar un milagro, hubiese alme-  
nos podido rebatir la calumnia, y las injustas  
acusaciones de que le cargaban sus enemigos ante  
sus jueces; mas eran los Doctores, y sabios de la Ju-  
dia quienes le atacaban; y queria instruirnos que  
tal seria la suerte de la Religion, y de su honor, el ser  
condenadas, y blasfemadas por ellos; que el respon-  
der a las censuras, a los discursos de los Filósofos, y es-  
piritus fuertes, no es enseñarles a creer, sino mas bi-  
en a disputar; que, por un juicio secreto, el se com-  
place en dejarlos vagar en sus perniciosos, y en  
vez de hablarles como Dios, no les habla ni aun co-  
mo hombre, se calla delante de ellos. Ultimamente,  
segun la bella observacion del.º Agustin, las ma-



nos atadas, una venda sobre los ojos, muda la bo-  
ca, y nos<sup>re</sup> presenta el estado en que la razon debe  
estar en presencia de la fe, y de la revelacion; no  
el que ella no pueda probar, raciocinar, y hablar;  
mas a exemplo de J. C. en cierto periodo, y antes  
de llegar al Pretorio, es decir, antes de entrar en  
el santuario de los Misterios: hasta alli, ella pue-  
de responder, examinar, discutir los motivos q.  
deben determinarla a creer, y conducir al hom-  
bre como por la mano al trono de la revelaci-  
on; mas aqui, correse el velo, la obscuridad co-  
mienza; y despues de haber consagrado al cris-  
tiano en manos de la fe, la razon se detiene como  
por si misma a la puerta del santuario; hasta  
entonces, el Dios de la revelacion es aun el Dios  
de la razon, que escucha las preguntas, y res-  
ponde; despues, es el Dios de la fe, y de los mis-  
terios que no responde; y demasiado feliz en



haber acertado el camino, el hombre satisfecho,  
y contento de marchar en seguida de J. C. si se le  
pregunta aun sobre la verdad, se detiene, guar-  
da silencio, y adora. Silencio de J. misterioso  
silencio, mas elocuente el solo que todos los dis-  
cursos; en que el pecado se encuentra confun-  
dido en su ultimo grado de malicia; en que la  
verdad se calla delante la mentira; la inocen-  
cia delante la iniquidad; la sabiduria delante  
la ignorancia; y en que J. mudo, insensible, im-  
mobil, despues de haber perdido, por decirlo asi,  
su poder, y divinidad, pierde aun la palabra, y  
se mira reducido al estado mas humillante pa-  
ra el hombre, la confusion, y el silencio.

Volvamos ahora, Cristianos; He' ahi a J. Jesus  
entregado en manos de los hombres, vendido, in-  
terrogado, juzgado por los hombres; que es justo  
lo que le falta para ser perfectamente el hombre



de dolores? le falta el ser condenado por los hom-  
bres; y esto es lo que Pilatos no tarda en hacer:  
el le condena, y a' que? no a' la muerte, no otaria  
aun, ni aun lo guerria; mas lo condena al aso-  
tamiento.

Aquí, que nuevo espectáculo se prepara! Jesus  
despojado de sus vestidos, ligadas las manos, es con-  
ducido al pretorio, y atado a' la fatal columna.  
A su alrededor se colocan los soldados, y los Verdu-  
gos... Dispensadme, Cristianos, la descripcion de  
la escena sangrienta que se ba'a' representar; es-  
cusadme la pintura de los ministros de este supli-  
cio horroroso, el furor en los ojos, la blasfemia en  
la boca, las varas, y latigos en las manos.... Mar-  
brosos, exclama S.<sup>to</sup> Bernardo, daos prisa a' descar-  
gar toda vuestra colera sobre esta inocente victi-  
ma. Que vuestros brazos, lejos de cansarse de gol-  
pear, redoblen sus golpes. Estos estan contados des-



de la eternidad, y aquel que regla á su arbitrio  
 vuestra obcecante rabia, sabrá bien contenerla,  
 cuando el numero de aquellos estubiere cumpli-  
 do... Mas, que veo? arroyos de sangre inundan  
 el pretorio; ya el cuerpo de Jesus despedazado no  
 es mas que una llaga universal; es el hierro en-  
 cendido, sacado de la fragua, y que, batido á fuer-  
 tes golpes, centellean el ruido de los martillos. Cie-  
 los, abajaos; venid á ocultar, venid á arrebatarnos  
~~de los~~ <sup>de los</sup> ojos de estos inhumanos, á vuestro dueño, y  
 vuestro Rey. Profetas que habiais anunciado al  
 mundo, era este acuso el que descubais tan ardo-  
 rosamente presenciar, y ver? Angeles del cielo,  
 en donde estabais para cubrir con vuestras alas  
 el deshonor del Dios que adorais? Mas no, es nece-  
 sario, que los oraculos se cumplan: y, despues de  
 haber permanecido por algun tiempo inmovil  
 bajo esta granizada de golpes; agotado al fin



por los tormentos, incapaz de sostenerse, el hom-  
bre de dolores bambolea, cae al pie de la columna,  
anegado en su sangre, y sin alientos ni aun pa-  
ra quejarse. Que digo yo, quejarse? He! cuando  
aun lo hubiese podido, lo habria querido? Verda-  
dero Abel, verdadera victima, votado a la muerte,  
y al oprobrio por nuestros pecados, bastaba sa-  
ber que era asi tratado para lavar nuestras ini-  
quidades; desde entonces, estaba dispuesto para  
todo, y el mismo lo habia dicho a su Padre por  
la boca del Profeta; que aceptaba con acciones de  
gracia este arrojamiento sangriento, y que pa-  
ra el estaba preparado desde el principio. A qui-  
en pues toca lamentarlo? a nosotros, hermanos  
mios, a solos nosotros. He! ahi el hombre, dijo Pi-  
lato a los Judios, mostrandoles a Jesus en el esta-  
do en que os lo acabo de describir; y a vosotros  
es, pecadores, que se presenta hoy al pie de la



25

columna. Ese Dios que ha ~~dado~~ mandado a la  
naturalera, a la muerte, a los Angeles, y a los  
hombres; ese Dios, la gloria del cielo, el vencedor  
del infierno; ese Dios, ante quien todo tiembla,  
se humilla todo, he lo ahí, hecho un hombre,  
y, que hombre? En vano buscaremos en él las  
huellas, los vestigios de la humanidad? su vista  
apagada, desfigurado su semblante, todo su cuer-  
po magullado, acardinalado, y despedasado; ten-  
dido en el suelo, sin calor, y sin movimiento, he  
ahí el hombre, o mas bien los restos, y fragmentos  
del hombre. <sup>en vista de</sup> Recuerdo, ~~lo~~ reconocis acaso ~~bajo~~ esta  
imagen espantosa al pecado con todos sus horro-  
res, al pecado que contrista al cielo, y desola la tier-  
ra, que rasga el corazón del hombre, ~~ahí~~ hace cor-  
rer por todas partes arroyos de sangre, y cubre  
el cuerpo, y la alma de mil vergonzosas llagas?  
Reconocis en ese estado a vuestro Dios como



rande a'expiar los pecados del mundo? Ah!  
desgraciado del que rehusase reconocerlo! He! Dios  
mio, quien, no siendo yo, podra' reconoceros?  
Ah! no soy yo el autor de esos ultrages, que habeis  
recibido? esas crueles llagas, no soy yo el que las  
ha' abierto? y no es obra mia el deplorable esta-  
do en que os veo? Dios de amor, bien os miro hecho  
la victima de mis iniquidades. Por mi es, que habeis  
recibido tantas ignominias, por mi es que habeis  
derramado tanta sangre, y lagrimas. Ah! En vano  
ha sido que vuestros verdugos hayan tratado de des-  
figuraros; no por esto dejais de ser mi Dios; mi co-  
racion os reconoce siempre; podran engañarse mis  
ojos, pero mi amor no se engañara jamas. Salva-  
dor divino, es al pie de esa columna que vengo  
hoy a' reconoceros, y llamaros mi Maestro, y mi Rey.  
yo la abrazo, como el trono de vuestro amor; beso  
vuestras manos, las cuales, como dos bocas elocu-



entes, parecen abrirse para reprocharme mi in-  
 gratitud, demasiado feliz, si pudiese mezclar mi  
 sangre con vuestra sangre, mis lagrimas con las  
 vuestras. Nosotros todos os reconocemos en ese esta-  
 do, expiando nuestras iniquidades, y no sin trabajo  
 descubro en el al Dios bajo el hombre de dolores. Avan-  
 cemos, y despues de haberle visto tratado como hom-  
 bre para expiar la malicia del pecado: - merito, y  
 virtud de su pasion - consideremole padecien-  
 do como Salvador, para remediar los desordenes  
 del pecado - misterio, y prodigio de su pasion.

## 2.<sup>a</sup> parte.

Vosotros lo sabeis, Cristianos, los dos grandes desorde-  
 nes del pecado, que J. C. debia reparar en calidad de Sal-  
 vador, eran, de parte del hombre, un amor excesivo  
 de independencia, e insubmision, que le arrastraba  
 a no querer reconocer otro Rey, ni otro Maestro que  
 el mismo; de parte de Dios, la colera, y aversion, q'



nos cerraban la entrada a' los Cielos. Pero, que es lo  
que era necesario, para que J. C. <sup>se</sup> sufriese verdaderam.  
como Salvador? padecimientos que remediasen este  
doble desorden; es decir, era necesario que, por sus pa-  
decimientos fuese declarado, establecido, y reconocido  
nuestro Rey, y nuestra víctima: nuestro Rey, para  
sustraernos de esa funesta independencia, y obligar-  
nos a' reconocer su autoridad; nuestra víctima, para  
reconciliarnos con su Padre. Prosiguamos la historia  
de su pasión, y tras siempre del hombre de dolores, co-  
minando sobre sus pisadas, o, para mejor decir, sobre  
las huellas de su sangre, vamos a' ver a' J. declarado nu-  
estro Rey en su coronacion, hecho nuestra víctima  
en su crucifixion. Cristianos, no os aburráis: estos dos  
grandes cuadros que os voi a' trazar, son tanto mas  
interesantes para vuestra piedad, que, para darlos  
mas de energico, y de patetico, yo sercare' los colores de  
sus mismas fuentes; no habere' explicarles sino los



27

conceptos de los Padres de la iglesia, de los mas excelentes  
maestros en la ciencia de la Religion, y de sus Min-  
isterios.

Si, observa S.<sup>to</sup> Ambrosio, aqui es sobre todo; en la coro-  
nacion del hombre Dios es, que van a rasgarse los ve-  
los, y descubrirse enteramente los secretos venerandos de  
la Providencia; aqui es, que en el triunfo mismo del infi-  
erno, vais a ver la ruina, y la reparacion del pecado. Yo  
so satisfecho con el suplicio de los Aretes, el furor de los  
Judios medita aun nuevos atentados contra J. C. Infor-  
mados de que en el curso de su vida se habia llamado su  
Rey, hi' alli que por encarnio resuelven celebrar su coro-  
nacion. Figuraos a J. C. conducido aun en medio del pue-  
blo para esta insultante, e' ignominiosa ceremonia. Bi-  
en pronto uno de los Soldados se separa de sus compa-  
ñeros, y de algunos ramos de espinas entre torcidos, le for-  
ma una diadema; este le arranca sus vestidos, para  
revestirlo con un manto de púrpura; aquel le pone



en las manos una caña por cetro, de esta manera es  
instalado en su dignidad real, y la escena acaba por  
ultrajes, insultos, bofetadas, con que se carga al monar-  
ca. En vista de este nuevo escandalo, os confundis, cris-  
tianos; se extravía vuestra fe, vuestra razón se subleva.  
Vened cuidado, exclama S.<sup>a</sup> Ambrosio, estad atentos á  
lo que va á pasar. Porque, lo que se encierra aqui de ma-  
ravilloso, lo que va á mostraros en que los padecimien-  
tos de J. C. contienen un misterio, y lo que participa-  
ban del sublime, y divino, es que del seno mismo de  
sus humillaciones, y de estas tres circunstancias de su  
coronacion, J. C. reporta la mayor gloria; y los Judios,  
engañados en su furor, hicieron, en medio de sus irri-  
siones, un Rey verdadero, y el mas poderoso de todos  
los Reyes.

En primer lugar, se le pone por diadema una coro-  
na de espinas; y para añadir el dolor al oprobrio,  
se golpea, se le clava con fuertes, y repetidos golpes so-



bre su cabera. Pero, Proviene S.<sup>to</sup> Ambrosio, a quien po-  
 dia convenir mejor aquella diadema, que al que de-  
 bia ser el Rey de los Penitentes, de los Martires, de los  
 afligidos, de los Anacoretas, de las Virgenes, de los so-  
 litarios? a quien podia convenir mejor una corona  
 de espinas que al que nacido en medio de las humil-  
 taciones, viviendo en la pobreza, expirando en los su-  
 plicios, habiendo comenzado por el presebre, y debien-  
 do finalizar por la Cruz, habia venido a fundar, y es-  
 tablecer sobre la tierra el imperio de la tribulacion, y  
 suprimientos? Era por ventura una corona de flores  
 la que correspondia a un tal Maestro? y podian sus  
 enemigos secundar mejor sus designios, mejor mar-  
 car la especie de dominio que venia a ejercer, que  
 con las espinas de que le coronan? Golpead, pues, gri-  
 ta el S.<sup>to</sup> Doctor, golpead crueles, y no os canséis de in-  
 troducir en era cabera augusta era formidable diade-  
 ma. Que los otros Monarcas se coronen de oro, y de



pedras preciosas; que ciñan los Reyes sus caberas  
con los laureles de la victoria; que los Barbaros ven-  
cedores arrastren en triunfo a sus enemigos ensidos  
a su carro; Jesus, el Rey de los Reyes, el vencedor de  
los Vencedores, no quiere sino espinas por simbo-  
los, y adornos de su dignidad real, y de su triunfo.  
Cotpecatl, y la sangre que brota sobre su frente, le ser-  
vira de uncion real; acabara de cimentar su impe-  
rio; y esa corona de ignominia vendra a ser para  
J. un trofeo de gloria. Muy luego, para participar  
de esa corona, yo veo a los Martires volar a los  
suplicios, y a los Apóstoles a la conquista del mun-  
do. Por la virtud de esa corona, miro la humildad  
en el seno de las grandezas, el desinteren en el golfo  
de las riquezas, el cilicio hasta bajo la púrpura de los  
Reyes; y cuantos justos existen sobre la tierra, abra-  
zan con regorijo los rigores de la penitencia. Que  
vergüenza en efecto, exclama un S.<sup>ro</sup> Vapa, la de un



miembro delicado, y sensual bajo una cabera corona-  
 da de espinas! y cuanto vosotros, y yo, hermanos mi-  
 os, debemos humillarnos, y prorrumper con las efu-  
 siones de una santa compuncion. Que! Dios mio, Vos  
 sois mi Maestro, y mi Rey; para someterme a vuestro  
 imperio, no habeis temido aceptar esa corona mortife-  
 ra; y yo rehuso tomar en ella parte con vos; no llevo  
 guarnas a ella sino una mano floja, y timida! Miro  
 vuestra sagrada cabera desgarrada por las espinas, y  
 correr la sangre sobre esa frente tan augusta; y yo, ido-  
 lo vano, y soberbio, oyo aun cargar mi cabera, coronar  
 mi frente ~~con~~ de frivolos adornos, y levantar a mi or-  
 gullo un trofeo con las pompas del lujo, y de la vani-  
 dad! y yo rico, yo pecador, yo Cristiano indigno, es  
 del seno mismo de la moliciu, y sensualidad, que  
 tengo el atrevimiento de llamarme vuestro Suddi-  
 to, y discipulo! O! Dios mio! Me perdonareis esta  
 blasfemia? Ah! Pues que en este ~~caso~~ dia experimente



to mi vilera confundida, venid vos mismo á encor-  
bar mi cabera rebelde bajo esa formidable corona, y  
que me averguenre al fin de dishonrar mi Religion.

Salta, sin embargo, á la inauguracion del nuevo  
Rey un cetro que correspondiese á la corona, que le aca-  
baba de poner; se preparara muy pronto, y en el instan-  
te se coloca una caña en sus manos. ¿porque una  
caña? admirable respuesta la de S.<sup>to</sup> Agustin! es, di-  
ce este Padre, para marcar el genero de poder que  
este Dios debia emplear en el establecimiento de su  
imperio, y que no era por la fuerza, y la violencia,  
sino por la lenidad, y dulzura, que el queria rei-  
nar, aun por la debilidad triunfar, y conquistar  
~~el~~ mundo; para designar, en una palabra, y ca-  
racterisar á este Dios tan bueno, de quien estaba  
dicho, que no acabaria de romper la caña medio  
quebrada. Que me sea pues permitido servirme  
agui de las mismas palabras que J. C. emplea



ba hablando de su divino Precursor, y de pregunta-  
ros; Que es lo que habeis venido a ver en este dia? U-  
na caña agitada por el viento. Si, una caña que no  
es en verdad el juguete de los vientos, pero que hace  
de un Dios el vil juguete del ~~mas~~ mas torpe pobla-  
cho. ¿Que es lo que habeis venido a ver? una fragil,  
y debil caña por cetro en manos que han muchas  
veces lanzado el trueno, y el rayo; una caña lige-  
ra en manos del que con solos sus dedos mantie-  
ne suspensa la masa de la tierra. O' insultante, e'  
impia irrisión!

Acercaos ahora, o' vosotros que habeis sido testigos  
de sus milagros! y vosotros en cuyo favor este Sal-  
vador los obro, acercaos, y decidnos si es ese el mis-  
mo Dios, el Rey de los Judios, el Rey del mundo.<sup>2</sup>  
Qui' el ha <sup>hecho</sup> temblar al infierno; ha arrojado  
a los demonios, librado a los porcidos; y ahora  
es el juguete del infierno, la victima de un pue-



blo furioso, mil veces mas encadenado contra el  
que los Demonios, y todos los energumenos! Que!  
el ha' dado vista a' los ciegos, y escupiendo sobre la  
arena, se ha' servido de ella para abrirles los ojos;  
y se cubre ahora su rostro de inmundas salibas,  
y sus ojos de una venda que le arrebatata la luz del  
sol! el ha' predicho el por venir; ha' adivinado en  
medio de un tropel inmenso de pueblo, de quien  
era la mano que habia tocado la orla de su vestido  
para obtener el milagro de su conversion; y se le  
pega ahora, se le insulta para dejarle adivinar qui  
en le ha' pegado, y el no lo nombra! El arrebató a'da  
raro de las garras de la muerte; rompió las ligaduras  
de sus pies, y de sus manos; y ahora se encuentra  
el mismo encadenado, y sus manos estan liga  
das, e' inmoviles! Gran Dios! es acaso el mismo  
hombre? es por ventura el mismo Salvador?  
y vosotros, Cristianos, os vuelvo a' preguntar,



reconocéis en este estado, a vuestro Rey, al que se  
 hizo llamar Rey de los ~~Judíos~~ Reyes? Ah! está a  
 pique que vuestra fe escandalizada de un contras-  
 te tan humillante, no tenga necesidad de ser sou-  
 gada. Yo vuelvo sobre mis pasos, y hago la anti-  
 rior pregunta; ¿Que es lo que habeis venido a ver?  
 Mejor diré; ¿que es lo que creis ver en este monje?  
 ¿un Rey de burla, y de teatro? Si, es un Rey, mas  
 un Rey que, por esas blasfemias, y esos insultos,  
 ha venido a ser mas grande, mas formidable, mas  
 respetado que los Reyes bajo el orgullo de la dia-  
 dema, en medio de los homenajes de sus cortesa-  
 nos, y de sus lisonjeros; un Rey que no tiene por  
 cetro sino una fragil caña, lo confieso, mas una ca-  
 ña que de repente, se ha hecho mitagrosa en sus  
 manos, se ha convertido en un cetro de fierro, por  
 el que todos los otros cetros seran destrucidos, que de-  
 be derribar, aniquilar a sus mismos enemigos, co-



mo su Padre se lo habia prometido. <sup>2</sup> Lo que voso-  
tros no habriais jamas pensado, lo que no con-  
bireis ni aun despues de haberlo visto, vais a ver-  
lo al fin; un Dios que, con elementos los mas de-  
biles, ha obrado las maravillas mas estupendas,  
fundado, y extendido su poderoso imperio; que  
con una caña ha encerrado a los Demonios en el  
infierno, derribado los idolos, y sus altares, y ha  
encombarse bajo su yugo al universo entero; que, con  
una caña, ha destruido la Sinagoga, y elevado su  
iglesia para hacerla triunfar hasta el fin de los si-  
glos. He' ahi el prodigio que los Judios no sospecha-  
ban, que vosotros mismos no esperabais. Podreis  
de la tierra despertad: Cesares, Principes, Potenta-  
dos, preparad vuestras legiones; Tiranos, afi-  
lad vuestras cuchillas; armar vuestras verdu-  
gos; todos sereis vencidos, y la debil caña que  
brantara' los cedros del Libano. Comprindeed



ahora, Cristianos, todo lo que hay de grande, y de sublime en los padecimientos del hombre dios, y por este nuevo genero de ultrages, reconoced al reparador de todos los desordenes del pecado.

Finalmente, por manto real, se le pone un manto de púrpura: tercera circunstancia de su ~~pasión~~ coronación, que no encierra menos misterio, y gloria para J. <sup>u</sup> en efecto, continua siempre <sup>1.</sup> Ambrosio, cual otro color habria decorado mejor, ni mejor anunciado un Rey, que debia fundar su imperio, y extender sus limites por la efusion de su sangre. El se nos muestra bajo el color de púrpura, para designarnos las palmas sangrientas, y las victorias que su iglesia iba a reportar sobre la rabia de los tiranos por la muerte de sus hijos. Todos los Reyes habian vestido la púrpura; mas ninguno con tan justo titulo co-



mo J. porque ninguno habia recibido como el la  
real uncion, ni comprado como el la real digni-  
dad real con la efusion de su sangre. Todos los Re-  
yes la habian vestido, mas como un esteril, y fri-  
volo adorno; pero en J. ella es elocuente, e' instru-  
tiva; y, convertida en cuadro simbolico del por-  
venir, anuncia los combates, las guerras, las per-  
secuciones, las martiriedades que debian seguir  
de cerca su passion, y muerte; ella es como el es-  
tandarte teñido de sangre que llama ~~a~~ mata-  
dero esas legiones de Martires, cuyos miembros  
debrian ser despedazados en los suplicios: ella re-  
presenta esos arroyos de sangre que debian correr  
sobre los cadalsos, ese oceano de sangre, en que la  
barca de Pedro, flotante, y agitada por dilatado  
espacio de tiempo, debia ser sacudida con mil tem-  
pestades. Ella finalmente significa que el estable-  
cimiento de su iglesia, y su proclamacion de cabe-



za de ella debian costarle la vida. Quereis ver ideas  
mas grandiosas? Escuchad la bella concepcion de  
S.<sup>to</sup> Jeronimo sobre el mismo asunto. No, dice este  
Padre, no querremos de J. C. por los Cesares, ni de su  
purpura por la sangre. En los Cesares, la purpura esta  
ba aun teñida de sangre; mas de una sangre que  
no les pertenecia; y que ellos habian sacado violen  
tamente, y no que se les hubiese dado; era la sangre  
de los pueblos que habian aplastado bajo el carro de  
la victoria; pero la de J. C. no esta teñida sino de su  
propria sangre, o de la de los Martires, que, de su pro  
pria voluntad querrian seguirle con peligro de sus  
vidas. En los Cesares, brillaba del fuego de la colera,  
de la venganza, de la ambicion, y parecia bermeje  
ar menos de su color natural, que de sus vicios, y sus  
pasiones; en J. no brilla sino del fuego que el amor  
habia encendido en su corazon, y del ardiente de  
seo que lo abrasaba de inmolarsse por nosotros.



En los cesares, era la señal del temor, y de la servidumbre, no inspiraba sino aborrecimiento, y horror; en J. ~~era~~ el feliz simbolo, y como la señal del ramdevu en que todos los hijos de la paz debian reunirse bajo la bandera del amor, y de la libertad. Cristianos, que magnificas concepciones, y ideas tan tocantes!

Que aguardamos pues, y porque retardamos el momento de precipitarnos a los pies de este adorable maestro? Silencio, orgullosa razon! que el corazon solo hable, y a travis de ese tropel de enemigos, que lo cercan, en medio de esos desafortados soldados, que ~~sin pensarlo~~, y sin quererlo, y sin pensarlo, lo han proclamado Rey para siempre, arrojemonos a los pies de J. y digamole con los sentimientos, y palabras solas del amor: O Jesus! que grande ~~sea~~ <sup>eres</sup> en ese estado de ignominia! Que esos Barbaros os opriman de injurias, y de blasfemias,



con ellas os hacen resplandecer mas, pues que  
era un caracter de vuestra real dignidad, que la  
lisonja no se acercaria a' vuestro trono, y vos mis-  
mo habiais declarado que vuestro reino no era de  
este mundo. Dios de amor! Dios que reconozco en  
medio de tantas ignominias, miradme, distinguid  
me de esos cruels que os rodean; reconoced en mi  
un servidor, y mostraos mi Padre, y mi Salvador;  
dignaos levantar con vuestra mano benefica una  
extremidad de ese manto misterioso, para envol-  
verme con vos, y que me sirva para cubrir mi mi-  
seria, y mis iniquidades. Que desde ahora para ade-  
lante, tome parte por la penitencia en esas espi-  
ras que os coronan, y en esa púrpura que os cubre.  
O' cetro! O' corona! O' púrpura sagrada! Adorables  
imagenes, con que elocuencia hablais a' mi cora-  
zon! Cuanto interesais mi piedad! Ah! permane-  
ced eternamente en mi pensamiento, sino fuese



para sortener mi fervor, para confundir por lo me-  
nor mi vilera, e ingratitude.

Asi, J. I. reparara por este nuevo genero de  
pudicimientos, el gran desarreglo del pecado, el  
orgullo, y la independencia; y, a' pesar de todos los  
esfuerzos de los hombres, y del infierno, el mundo  
vencido tendra un Rey, un Dios, y una Religion;  
y este Rey, a' pesar de la impiedad siempre reinante,  
a' pesar de todos sus enemigos, sera reconocido por  
sus humillaciones mismas por el Dios cuyo solo nom-  
bre hace inclinarse a todas las potencias del cielo,  
y de la tierra, el solo a' quien todo hombre debe so-  
meterse. Vasemos al segundo desorden, y veamos-  
le en su crucifixion, sirviendo de victima a' la jus-  
ticia de su Padre.

Vosotros no lo ignorais; el primer hombre, por  
su pecado, habia cerrado el cielo a' toda su posteri-  
dad, y el anatema debia durar hasta el tiempo



35

en que la misericordia vendria a satisfacer la justicia, en que se encontrara al fin una victima capar por su especie para apagar con su sangre el rayo q' nos amenazaba. He' ahi el momento decretado antes de todos los siglos; he' ahi la feliz epoca en que la justicia, y la misericordia deben encontrarse, y saludarse con el osculo de paz. La justicia del Padre, requiriendo todos sus derechos al rigor; y la misericordia del hijo satisfaciendolos por nosotros. Mas es sobre la montaña santa, es sobre este sangriento teatro es que los oraculos, y profecias van a cumplirse por este feliz encuentro de la justicia del Padre con la misericordia del hijo.

He' dicho, justicia del Padre. . . a esta palabra el velo cai; descubrese la escena, el calvario aparece. O' Dios! que cuadro espantoso, y tragico! Si, es el mismo Dios, descendido en persona sobre el calvario para fijar el precio de la Redencion del mundo. El



Dios de las venganzas tal cual nos lo describe el  
Profeta, está sentado sobre el trono de su justicia;  
extiende su ~~mano~~<sup>bravo</sup> formidable sobre la cabera  
de su hijo, y teniendo en su mano el caliz de sus  
furores, lo sacude, lo sacude ora de un lado, ora de  
otro, para embriagar a su hijo, sin que la her-  
de este caliz de amargura parezca agotarse jamas.  
Cristianos, Pecadores, acudid a este grande especta-  
culo, y para aprender a conocer el pecado, por lo  
que cuesta repararlo enteramente, ved al Padre  
mismo, que desde toda eternidad ha implorado  
a su hijo para el salvatio, porra exigir de el solo  
lo que nosotros todos debiamos a su justicia: el Pa-  
dre, la justicia del Padre, que llama al nuevo Isaac  
sobre la montaña, y que quiere que se le cargue  
con una cruz enorme que lo abruma, que le ha-  
ga bambolear, caer muchas veces en el camino,  
y le expone a las sangrientas burlas del pueblo



que le acompaña en tumulto; y esto para expiar  
 ora nuestras infracciones de leyes, ora en vil respeto hu-  
 mano que hace que nos avergonzamos de cumplir-  
 la, y ora esa malhadada inconstancia que hace que  
 cumpliendo la ora caigamos, ora nos levantemos;  
 hoy valientes, y sumisos, mañana cobardes, y rebel-  
 des. Es esa justicia de su Padre que quiere que se le ar-  
 ranquen sus vestidos pegados sobre su cuerpo por  
 la sangre que habia derramado, y que al arrancar-  
 selos, se desgarran sus miembros, se le esponga en  
 la desnudez mas vergonzosa a los ojos de los cielos, y  
 de la tierra. Humillacion horrenda, y espantosa!  
 Satisfaccion publica dada al cielo, y a la tierra en expi-  
 acion de nuestra molici, de nuestra vanidad en el  
 cuidado de nuestros cuerpos, de nuestra indecencia  
 en la manera del indecente, y excesivo amor con q'  
 los miramos, de tantos escandalos, e infamias de q'  
 ellos son o la ocasion, o el objeto. Es esa justicia del



Padre, que ordena que se le extienda sobre la Cruz, y que  
sobre esta Cruz todo su cuerpo sea quebrantado, ma-  
gullados todos sus miembros, para que acabe de ex-  
piar en su carne los placeres culpables compañeros  
de la rebelion de los sentidos, y todos los crímenes, y de-  
sordenes que la carne nos hace cometer. Es esa justi-  
cia, que quiere, que sobre esta Cruz, teatro espanto-  
so de tormentos los mas crules, el obedezca; á quien?  
á infames verdugos, y que se deje extender en ella, vol-  
ver de un lado á otro, hacer pedazos á gusto de su im-  
placable crueldad, sin que se le escape ni una queja, ni  
palabra alguna de descontento; y porque? para ex-  
piar con su sumision esa primera desobediencia del  
primer hombre, fuente emporionada de todas nues-  
tras rebeliones, de todas nuestras resistencias á sus de-  
cretos, y á sus gracias; no menos que nuestras inquie-  
tudes en nuestros padecimientos, nuestras quejas per-  
petuas contra la severidad de sus castigos. Es esa



justicia, que quiere que se le crucifique entre dos insig-  
 nes ladrones, y que, asociandolo a estos dos desgra-  
 ciados, se ponga el colmo a su infamia. O ultraje dema-  
 siado deshonorante! pero que, por este exceso de opro-  
 bio ~~tantos~~ debia reparar tantos excesos de amor pro-  
 prio, y de vanidad, y todos esos delirios de nuestro  
 orgullo, que se desmanda hasta olvidar su bajeza, has-  
 ta solicitar la gloria, y los honores. Es su Padre al fin,  
 esa justicia de su Padre.... Mas que? no rebosa aun  
 la medida? y habran todavia tormentos para esta  
 inocente victima? Padre justo, mirad, y ved esa cabe-  
 za inclinada, ese rostro ya cubierto de sombras de la  
 muerte, esos ojos apagados, esos pies, esas manos  
 desgarradas, ese corte entre abierto, tanta sangre,  
 y lagrimas que corren por todas partes. Padre jus-  
 to; he aqui a vuestro hijo, pálido, desfigurado, en-  
 sangrentado, arrojado en un mar de dolores; he lo  
 alhi cual lo ha descrito el Profeta, y todo su cuerpo



no es mas que una llaga. O espada de las venganzas! no  
estas aun bastante embriagada de sangre? Coraron de  
Jesus! os queda todavia alguna que derramar? y si es-  
tos tormentos no bastan a aplacar vuestra colera, oran  
Dios! que cosa es el pecado?

Justicias inutilis! aun esta en manos de la jus-  
ticia ese horroroso caliz, siempre inclinado, derra-  
mándose siempre a mares sobre la cabeza del hijo:  
el Profeta, nos dice, que la her no esta todavia ago-  
tada. Ella es pues, esa justicia de su Padre que quie-  
re aun, que mientras esta aun elevado sobre la Cruz,  
toda la Ciudad de Jerusalem, todo el pueblo se agolpe  
al rededor de el, y que en vez de compadecerse, se  
ceñadan a su suplicio las burlas, los insultos; que  
se blasfeme contra el; que se le acuse de haber in-  
tentado demoler el templo; y que finalmente se  
le desasie a descender de la Cruz. Castigo horroroso,  
y publico de tantas enormidades, de tantas calum-



mias, y satiras, que no cesamos de vomitar contra  
 nuestro proximo, contra nuestros superiores, y contra  
 nuestros semejantes; contigo mas autentico aun de  
 todos esos tiros de ironia, y de impiedad, de esas blas-  
 femias, irrisiones, e injurias contra la Religion, que  
 el libertinage engendra, y que un vil pueblo respite.  
 Esa justicia, que quiere que para la sed ardiente  
 que lo abrasa, y que es producida por el exceso de  
 males que lo agobian, no se le presente sino una  
 bebida de hiel, y de amargura; porque en esta mor-  
 tificante bebida debia encontrarse la expiacion de  
 tantos excesos de intemperancia, de tantos mons-  
 truosos refinamientos de delicadereza, y sensualidad,  
 fuente impura de tantos otros excesos que degradan  
 al hombre, y la razon. Esa justicia del Padre, que qui-  
 ere que en esa agonía en que entra sobre la cruz,  
 no haya persona, que le socorra; que ni aun se le  
 envíe uno de esos Angeles encargados de servirle,



y que se va obligado á quejarse á su Padre del  
desamparo que experimenta; y porque tan ex-  
traño abandono en tan doloroso momento? á  
fin de satisfacer á Dios por todos esos temerantes  
que nuestra flaqueza solicita en los males que la  
Providencia nos embia; por todas esas culpables  
esperanzas, que colocamos en las criaturas, y q<sup>ue</sup>  
nos hacen esperar mas en los socorros de la tierra, q<sup>ue</sup>  
en los del cielo.

He dicho yo todo? O muerte, horrenda muerte!  
ultimo rasgo de las venganzas celestes, que debéis a  
sombrear al mismo infierno, salid pues del calor  
de amargura. O muerte! Vos sois á quien J. llama;  
vos sois quien debéis poner fin á esta sangrienta  
escena; porque por la muerte es que debe cumplir-  
se la reconciliacion del mundo; por esto es que  
la justicia, implacable hasta que la haya sufri-  
do, me cesa de perseguirte, y de herir hasta el mo-



mento....

Yo me detengo; y, suspendiendo por un instante la entera ejecucion de la sentencia pronunciada por la justicia del Padre celestial, me dirijo á vosotros, caros oyentes, y os pregunto: reconocis ahora todo el rigor de esa justicia? Si, ella misma es, sola ella la que ha' hecho cuanto acabais de ver, y de oir; esa justicia que no ha' podido satisfacerse, ni aplacarse sino por la muerte de un Dios hombre; y que muerte! esa justicia que ha' descargado sobre el los mas pesados golpes, y que no ha' cesado de descargarlos mientras ha' visto, en la victima, un soplo de vida, una gota de sangre. Pecadores insensatos, cobardes debiles, y orgullosos enemigos de esa justicia suprema, cual suerte nos tendra' destinada, si osamos provocarla, y aun irritarla? Queremos de los miembros por la cabeza, y si el leno



verde es así tratado, nos dice la escritura, que sera  
del seco? <sup>2.</sup> con este designio es, que repitiendo las  
palabras del Profeta, os digo; el caliz del tormen-  
to esta siempre en las manos de esa justicia ine-  
xorable, ella no cesa de sacudirlo, de verterlo sobre  
vosotros, y sobre todos los pecadores de la tierra; to-  
dos seran forzados a beber de el, y en todos los eta-  
dos, en todas las condiciones del mundo, en medio  
mismo de los placeres, y regorijos de Babilonia,  
hasta en la copa encantada del delirio, Pecadores,  
vosotros encontrareis esta amarga bebida. Ella no  
corre al presente sobre la cabeza de este Dios Salva-  
dor, sino para despaurrarse a mares sobre todos  
los Pecadores de la tierra; y despues de todo lo que  
el ha consumido, es preciso decir para vosotros,  
asi como para el. Si, aun resta bastante para a-  
breviar al mundo entero, y, a pesar de quanto  
esta terrible justicia ha derramado sobre el cal



40

vario, reserva aun una gran porcion para la eterni-  
dad. Desde el Calvario una sola gota desprendida de  
este calice de colera ha formado el infierno con todos  
sus horrores, ha encendido sus llamas, les ha dado su  
fuerza, su actividad, su eternidad. Del Calvario, en  
donde esta justicia de un Dios ha perseguido al pecado  
sobre su hijo inocente, ha transportado su tribunal al  
abismo eterno, y aqui es que eterna, e inagotable so-  
bre la cabera de los Pecadores, la her del calice de sus fu-  
rores forma esos torrentes, ese mar de fuego, todos los  
suplicios del ~~infierno~~ pecado; y en lugar de agotarse  
en el Calvario, no se agota, se renueva sin cesar para el  
pecador en el infierno; y como un rio, cuyas aguas cre-  
cen, cuanto mas se aleja de su nacimiento, ella se ani-  
ma en su caida, sin que la duracion de siglos eternos  
pueda mitigar su ardor, sin que ningun pecador pu-  
eda borrar de haberle escapado. Murmurad de  
esta sentencia; decid aun con los impios, que un di-



o justo no puede castigar eternamente; que prue-  
ba ~~este~~ razonamiento? no otra cosa, sino que no  
conocéis ni la grandera de Dios, ni la enormidad  
del pecado del hombre. Habriamos nosotros jamas  
imaginado que, para su expiacion, fuese necesaria  
una victima tan grande como un hombre Dios, tan  
horrorosos suplicios como los de su pasion? yo no con-  
<sup>+ es verdad</sup>cebo, esa eternidad de tormentos para el pecado, y ella  
es un misterio para mi razon; pero menos aun con-  
cebo un Dios hecho el precio de mi redencion, y victi-  
ma del pecado; un Dios sobre una Cruz; un Dios dor-  
ramando la ultima gota de su sangre; un Dios q' es-  
pira, y muere como un culpable entre las manos de  
los hombres; yo no lo concibo, yo no lo concebire ja-  
mas. Mas, si es asi <sup>como</sup> ~~que~~ Dios ha castigado el pecado so-  
bre su proprio hijo; que digo? asi es como lo ha pene-  
rado: si, digo, el misterio de su bondad es incompre-  
hensible para mi, porque admirarme que su justicia



sea tambien un misterio, que yo no puedo conce-  
bir, y si no es demasiado para J. la muerte, y el cal-  
vario, como seria demasiado para el hombre el infi-  
erno, y la eternidad?

### 3.<sup>a</sup> parte

Ahora pues, cristianos, que mas esperais de mi? Vo-  
sotros querreis sin duda que, que tirando el ultimo  
rasgo a esta pintura, os represente, como lo tengo in-  
sinuado, a J. moribundo, y espirando como Dios, pa-  
ra confundir a sus enemigos, y a los Autores del pecado.  
He'ahi, que desde lo alto de su cruz, el mismo Dios la  
senal de su muerte; y viendo ya cansada la rabia de  
sus Verdugos, satisfecho el odio de la Sinagoga, toda su  
sangre agotada en sus venas, y derramada hasta la ul-  
tima gota por nuestra salud, exclama que todo esta  
concluido. Entonces volviendo a abrir los ojos, la ca-  
bena inclinada, en senal de adoracion a la justicia  
de su Padre, despidio un fuerte grito, y espiró. Cristia-



nos, que espectáculo la muerte de un Dios! que es-  
pectáculo para el Universo la muerte de su Autor!  
queres expresarlo, ¿seria por ventura sentirlo? No,  
que la Naturaleza entera anuncia commoviendo-  
se su dolor, el nuestro no puede expresarse sino  
con el asombro, y silencio del alma; y todo cuan-  
to debo decir en este momento para consuelo  
de vuestra fe, es que, en esta muerte de un Dios hu-  
millado, debéis reconocer aun mas al Dios venu-  
dor del pecado, al Dios fuerte, y poderoso, al Dios  
grande, y terrible. Recapitulemos— J. muere despi-  
diendo un fuerte grito; y, en voz que los otros hom-  
bres mueren sin saberlo, y sin quererlo, el muere  
porque lo ha querido, muere porque lo ha predi-  
cho; y despues que, por el espacio de 4000. años,  
su muerte habia sido anunciada por figuras, y  
predicciones sin numero; que desde la creacion  
del Mundo, los Patriarcas, los Profetas, los Reyes



de Israel habian trevado de ella vivas imagenes;  
 que Abel, e' Isaac la habian figurado por sus sacrifici-  
 os; que David, Salomon, e' Isaias la habian celebra-  
 do con sus oraculos; el solo momento de su muerte  
 finaliza todo, todo cumple, ratifica todo; figuras,  
 oraculos, promesas, profecias, parabolas, sacrifici-  
 os: un instante realiza siglos.

El muere; y cuando la gloria de los mas gran-  
 des hombres acaba con la muerte, entonces comien-  
 za la de J. entonces comienza su reinado. Desde la  
 altura del calvario repudia al pueblo antiguo, y  
 cria otro nuevo; destrona a' los falsos dioses, y a' los  
 Escures; llama al capitolio a' los Apotolos, y a' los Ven-  
 tificos; y su ultimo suspiro abate la Sinagoga, y levanta la iglesia.

El muere; y cuando los otros hombres mueren debi-  
 les, y desfallecidos, el espira por la fuerza misma, por  
 la virtud de su poder supremo; su muerte es como un



efuero, y un milagro de su omnipotencia: despi-  
de un fuerte grito, y espantada la naturaleza reco-  
noce la voz de su Señor; el sol se eclipsa, tiembla la  
tierra, el velo del templo se rasga, estremecense los se-  
pulcros, y la muerte vencida abre sus abismos, y vo-  
canta sus víctimas.

El muere; y cuando en la muerte los otros hom-  
bres dejan de ser lo que son, y lo que han sido, es enton-  
ces que se le reconoce por lo que era. La tierra abona-  
da con su sangre produce predestinados; el toro, con-  
vierte al asociado á su suplicio; el compañero mis-  
mo de su muerte le reconoce por un Dios; el triunfa  
aun de los coracones, y la ultima mirada de J. mori-  
bundo estrella, y quebranta el coracon de un malva-  
do.

Que diré en fin? El muere, y muriendo confunde  
á sus enemigos, juzga al Mundo, y á sus poderes, lo  
condena, y lo reprueba. Sea de ser su muerte un



44  
objeto para el ignominioso, es en este estado que qu-  
iere mostrarse á vuestros ojos, que muestra á sus it-  
portales predicarlo, representarlo á toda la tierra,  
á los grandes, y á los pequeños, á los Reyes, y á  
los pueblos. En esta situación humillante, en que,  
mas formidable que los conquistadores brillantes  
con los laureles de la victoria, mas grande que los  
Augustos, y los Cesares adornados con la orgullosa  
diadema, ha hecho descender á los Reyes de su trono,  
y del carro de su triunfo á los Heroes para humil-  
tarlos á sus pies; en este estado, y sobre esta cruz de  
ignominia, en donde mas elocuente, mas persua-  
sivo con su silencio que los Sabios, y los filosofos  
con sus discursos, el ha triunfado de la ciencia, ha  
vuelto insensata toda la sabiduria del mundo, y  
mas fuerte el solo que ejercitos enteros, ha llevado  
sus conquistas de uno al otro polo: su cruz sola  
todo lo ha vencido; el no ha hecho sino extender su



el ha' extendido su brazo, y el Universo ha' sido suyo.  
y he' ahí la gloria, y el triunfo de su pasión.

Pueblo que me escucháis, seréis vos el solo que  
oís hacerle resistencia? Se ha' decidido al fin este  
solemne pleito entre Dios, y el hombre; lo guerreis  
renovar? La alianza está sellada con su sangre; guer-  
reis romperla? He' ahí el precio de vuestra redenci-  
on; le haréis objeto de vuestra reprobacion? Recor-  
dador, mundano, o' vosotros que sumidos en la mo-  
lencia, y ociosidad, apenas os dignáis echar una  
mirada sobre la Cruz; y vosotros que en dormecidos  
entre los placeres, embriagueros, y en censo de las fi-  
estas de Babilonia, menospreciáis tranquilos la  
Cruz, y al Dios de la Cruz; arrogante, y soberbio ene-  
migo, ahí! por un momento, paraos, y ved. Reco-  
nocéis a' este Dios Salvador? el ha' muerto por vo-  
sotros, y vosotros rehusáis vivir para el; el ha'  
muerto por vuestro amor, y vosotros esperáis la



muerte para amarlo; él os ha donado su sangre, y  
su vida; y vosotros le negais vuestro corazón, y vu-  
estros homenajes; él ha pensado en vosotros has-  
ta el fin, <sup>en</sup> ~~de~~ vosotros se ha ocupado hasta la muerte;  
y vosotros le olvidais hasta el fin, y aguardais la ho-  
ra de la muerte para pensar que existe un Dios, y  
una Religion: Ingrato! ah! un momento, repito;  
parad un momento vuestras miradas sobre esta  
cruz adorable: Ay! Quiera es la ultima vez que se  
presenta a vuestra vista; quiera la muerte ni aun  
os permitira recibirla; mirad a ~~un~~ <sup>un</sup> Dios moribun-  
do, y crucificado por vosotros. Ved esa cabeza inclina-  
da, esos brazos extendidos hacia vosotros; y medita-  
d que al morir, sus ojos estaban aun vueltos hacia los  
pecadores, que sus ultimos suspiros fueron para el  
los, que sobre ellos espiraron sus ultimas miradas:  
Ved..... Alma demasiado insensible! y este especta-  
culo no os conmueve, vuestros ojos no dan peso a



las lagrimas, ni vuestro corazon se abre al arrepen-  
timiento! infeliz! Mas no, no penseis que, por este  
espectaculo, el trate de moveros para el, enternec-  
ros sobre el; no, ~~os~~ os impide al contrario -  
darle un solo suspiro, una lagrima sola; llorad so-  
bre vosotros mismos, y sobre vuestra ceguera, des-  
pedid gritos de dolor, y de arrepentimiento. Llorad,  
sobre todo, por no haberle ofrecido tantas veces si-  
no lagrimas de un momento, <sup>por</sup> ~~de~~ haberlo llorado  
en el altar, y en el Calvario, para ir luego a cru-  
cificarlo en el mundo, y en vuestro corazon. Bar-  
baro! Ah! si acaso este es aun vuestro designio, no  
lo llorais, porque su sangre recaera sobre vosotros.  
No, no lo llorais, porque su Cruz se levantara contra  
vosotros; y cuando en el momento de vuestra mu-  
erte, sus Ministros pusieren en vuestras manos re-  
beldes una cruz veneranda, ella os confundira, os a-  
terrara, os desesperara. O Dios mio! Que momen-



45

to en que vuestra muerte, vuestra sangre, todos  
vuestros padecimientos, recaeran sobre mi! que mo-  
mento el en que el signo de mi salud se convertirá  
en signo de mi reprobacion! en que os servireis del  
signo mismo de vuestro amor para condenarme,  
reprocharme mi vilera, e ingratitude! insensato!  
que aguardo aun para ponerme bajo vuestro ama-  
ble imperio? O mundo perfido! y vosotros, pla-  
res, pasiones que he tanto amado; idolos que he in-  
censado demasiado; he ahí el instrumento que os ha  
vencido; huid, desapareced, delante de ese cruce de  
mi Dios Salvador. O cruce adorado! que habéis tri-  
unfado del mundo, y del infierno, triunfado de mi co-  
racen, y de mi pertinacia; sed por siempre el obje-  
to de mis homenajes, de mi culto, de mi amor, y  
seréis para mi el medio feliz que, salvandome del  
Naufragio, me conducirá al puerto de la eternidad.

et amen.